

De compras

Varios artículos se han escrito ya sobre la desusada cantidad de mujeres que semana a semana parten a Buenos Aires o regresan de Buenos Aires, con la cartera llena de listas al marcharse, con las maletas llenas de mercaderías al volver. Algunas de las damas que vienen y van, no siempre van y vienen plácidamente, pues algunas, por suerte las menos, suelen correr sus aventuras. Contaré dos de ellas, contribuyendo así a la historia de ese río de mujeres que se mueve entre Santiago y Buenos Aires o entre Santiago y Nueva York. La primera historia es dramática, aunque sin llegar a la tragedia.

Una señora, acompañada de su marido, visitó Buenos Aires y compró allá un abrigo de pieles para uso personal. De regreso, en Los Andes, los funcionarios de aduanas, sin hacer casos de las protestas del matrimonio, despojaron a la señora de su abrigo de pieles, que traía puesto. Y digo despojaron porque, claro está, la señora y el marido se negaron a pagar derechos sobre una prenda que no tenía fin comercial alguno. Y como Los Andes no es Guayaquil, la señora, que no llevaba ningún otro abrigo de pieles, hubo de soportar en aquel puerto de cordillera una noche más triste que la de Hernán Cortés. Era invierno, y si la señora no cogió una pulmonía doble y el marido no murió de una apoplejía, fué porque Dios es lo que ha sido siempre: grande.

La otra señora no fué a Buenos Aires, fué a Nueva York y compró allí todo lo que pudo, incluso unos calcetines de lana que una hija suya le había encargado para su marido. Antes de volverse, la señora escribió comunicando que embarcaría en tal vapor y en tal día. Acompañaba a la carta una página del "Vogue" en que se veían unos sombreros muy menes. Al pie de la página la señora había puesto: "Adivinen con cuál de estos sombreros voy a desembarcar."

Per desgracia, el barco atracó a Valparaíso con dos horas de anticipación, y cuando la señora, tendida ya la pasarela, creía ver aparecer a

un hijo suyo, que vive en Mahel puerto, oyó que alguien gritaba con voz de trueno:

--¡La señora Fulana Tal de Cual!

--Yo soy -- respondí, creyendo que aquel altitronante caballero era un enviado de su hijo.

Pero no había tal enviado. El caballero era un funcionario de aduanas, que le dijo:

--Le ruego que me acompañe. ¿Dónde está su equipaje?

--Aquí.

Llegados a una oficina, el caballero, con un celo realmente gestáptico, procedió a registrar minuciosamente no sólo el equipaje de la señora sino que también a la señora misma.

--¿Y esto? -- preguntó, al notar que entre el ferre y la piel del abrigo había unos bultos sospechosos.

La señora, muerta de rabia y de vergüenza, confesó que aquello eran unos calcetines de lana que traía a un su yerno.

--¡Pero, señora -- trenó el funcionario --, trae usted a la vista decenas de vestidos y oculta, en cambio, unos miserables calcetines!

Se le cobraron treinta y dos mil pesos de derechos de aduana, suma enorme que fué después considerablemente rebajada. Hasta este momento la señora se pregunta quién pudo haberla denunciado. Nadie lo ha sabido, así como nadie ha sabido con qué sombrero desembarcó la señora.

Manuel Rojas